



Valparaíso: Oleo de Camilo Mori.

— En el dilatado y misterioso mar, navegando por la ruta de la Cruz del Sur, en un horizonte de cerros, surge una ciudad de luces brillantes que se reflejan, entre mástiles detenidos y chimeneas de sombra, en las aguas azulmarinas de la bahía. El barco ha recorrido muchos climas y ha visto muchos hombres. Su casco está cuajado de corales y de moluscos vagabundos. Entra lentamente en el puerto. Las luces de los cerros, casi ya confundidas con las fosforescencias de la Vía Láctea, titilan en la oscuridad de la noche.

Valparaíso abre sus dos enormes brazos y el buque avanza silencioso entre lanchones, remolcadores y botes solitarios.

— Nací en el cerro El Litre, quizás el más pobre de Valparaíso. Poco o nada recuerdo de la modesta casa, pero sí quedó grabada en mi memoria la luminosa galería que miraba al mar, cortada a pique sobre un precipicio de calaminas y carpinterías. Desde ahí contemplábamos la bahía, lujo incomparable y contrastante con la pobreza de la casa; soberanos del espacio infinito, con los ojos siempre ávidos de agua azul y con los zapatos gastados, muchas veces rotos, pero dueños del océano sin límites. ¡Qué hermosa pobreza! Nadábamos en la abundancia de extrañas y siempre renovadas sensaciones que, como reyes, dominábamos desde nuestra privilegiada atalaya. Barcos que partían a otros mundos y barcos que llegaban desde los mares distantes de lo desconocido. Cielo azul un día. Gris, otro. O negro, retumbante de truenos y relámpagos. Anaranjado en los crepúsculos. Y en los días oscuros, se sublevaban las aguas y las crestas blancas de las olas enfurecidas golpeaban, desbordándose,

muelles y espigones. La música del viento huracanado recorría los cerros y las quebradas en estrépito de golpes y silbidos.

— Cuando se llega por tierra, se penetra por una quebrada brillante de vegetación que cubre los cerros y los llena de colores, desde el verdeoscuro de los matorrales emboscados hasta el esmeralda de las pequeñas yerbas estacionales. Y sobre toda esta verdura atravesada de aire claro y transparente, se alzan las colonias de palmas chilenas, en cantidad tal como no se ve en ninguna otra parte. El camino va bajando y, por el ángulo de las dos laderas, enfoca la increíble ciudad. La muestra, a veces, y vemos las casas suspendidas de los primeros cerros de Valparaíso. Otras, la niega y se yerguen, entonces, ante nuestros ojos las columnas macizas de las palmas, los huertos policromos de San Roque, los bosques de pinos y eucaliptos estremecidos de sol brillante.

No hay otra ciudad como ella. ¿Qué misterio tiene? ¿Qué magia brota de su geometría inverosímil? Geometría de colores y de planos bañados por la luz y por la sombra. Geometría de carpinterías trazadas, no por la escuadra de las academias, sino por la intuición del hombre-constructor que va combinando en la colmena de los cerros, la línea recta con la fluctuante topografía de montes y quebradas.

— Años más tarde, fue Playancha. La casa estaba al borde de un barranco y frente a los eucaliptos gigantes del Parque. Y había también una galería amplia que miraba al mar, ese mar omnipresente de Valparaíso. En las vecindades, por



¿Cuento de hadas? Caleta El Membrillo

calles estrechas y empinadas, se colgaban redes y me parece estar viendo a los pescadores que remendaban con paciencia y esmero esos intrincados tejidos de cuerdas quemadas por la sal y mordidas por los peces. Por escaleras increíbles bajábamos corriendo, ebrios de aire traspasado de yodo y de fuerza marina, hasta la caleta de El Membrillo. Sobre las rocas, mirando al horizonte, una imagen de San Pedro, el Pescador de Almas. Y más redes tendidas al sol. Volvían los botes y los hombres, con sus manos escamadas, vaciaban unos cuerpos brillantes, vivos de océano y de sol.

En la oscuridad de las noches, en esa inexplicable y terrible soledad de la infancia, entre sueño y vigilia, mi dormitorio se llenaba, alternadamente, de luz y tiniebla. Era el faro de Playancha. Y, para aumentar mis pequeñas angustias, giraba incesante, entre la niebla de la noche, el gemido lúgubre de la boya del Toro.

— Si la contemplamos en su conjunto, es una cadena de cerros asaltados por el hombre, donde ha ido construyendo terraplenes, caminos y viviendas superpuestas y una parte plana, estrecha, que limita entre esos cerros y el mar. Y así, podemos distinguir tres zonas: la ciudad vertical —miles de ojos mirando hacia el océano—, el plan, superficie que encaja en el capricho topográfico de los desniveles y el ámbito despejado, natural, abierto y libre del mar.

El hombre, frente a ese mar, se siente proyectado hacia el ágora oceánica y estrechas concomitancias de tiempo y espacio se asocian en su mente. Este hecho primordial, quizás dis-

Cuando AUCA me solicitó escribiera algo sobre Valparaíso, nunca pensé en usar la primera persona. Desgraciadamente, al comenzar a revivir, llevado por la ternura y los recuerdos, caí en falta y me vi arrastrado, un tanto confundido, a la evocación personal. Debo aclarar que no fue mi intención y que tal proceder no cuadra con mi modo de ser. Pero, no he podido resistir. Que la licencia que me tomé, me sea perdonada porque es sólo fruto del amor a ese puerto donde nací.

CARLOS BARELLA I.

VALPARAÍSO EN EL CORAZÓN

tinga —y, al mismo tiempo, los define psicológicamente— al habitante del litoral del montañés, del que vive rodeado de cordilleras y montes, sin horizontes geográficos abiertos. Quizás por eso, también, el porteño es un ser más imaginativo —en lo interno— y más cordial —en lo externo— que el santiaguino, por ejemplo, siempre envuelto en su pared de montañas y ciego entre sus calles de altos edificios egoístas.

— En los días de sol nos íbamos a la playa. Atravesábamos el Parque, entre eucaliptos en cuyos troncos relucientes la corteza de renuevo dibujaba extrañas figuras. Nos deteníamos, a veces, a recoger sus semillas coniformes y fragantes. Entre las hojas aceradas, más allá, por la atmósfera clara y vibrante, veíamos el mar, su horizonte lejano, esa extensión azul y misteriosa. El aire era fresco, la brisa recogía el aroma penetrante de los eucaliptos y nos llenaba los pulmones de algo que, sin saber explicárnoslo aún, era fuerza vegetal, sopló de la tierra transmutado en clorofila y esencia vital.

Las Torpederas estaban desiertas, con sus arenas amarillas y tibias. ¿Qué era en la mente del niño esa Piedra Feliz, mezcla de amor y muerte, entonces incomprensible drama de sol y sombra, de aire diáfano y agua oscura, de vida y de novida?

En las tardes, paseábamos por la Avenida Gran Bretaña y rematábamos en el Paseo 21 de Mayo. Se abría a los ojos deslumbrados el majestuoso anfiteatro y abajo, el puerto, sus muelles, los Almacenes de la Aduana y los barcos, símbolos de otros mundos y de otros seres, aventura eterna del hom-

bre. En el Paseo había unos árboles que en primavera desprendían un aroma tibio, penetrante, con significado de las primeras percepciones de una misteriosa sensualidad...

— Hay una diferencia entre la acción de mirar y la de ver. Valparaíso enseña a esto último. No se cansa el ojo de descubrir y de recrearse en la contemplación de lo siempre cambiante. Cada calle es diferente a otra, cada perspectiva de un cerro es ella y otra al mismo tiempo, en cada esquina y en cada cambio de dirección de una avenida, surge la sorpresa, lo inesperado y, muchas veces, lo insólito. ¿Tienen conciencia los porteños, los que viven en esta ciudad, de esta riqueza mutable y endemoniada? ¿O somos sólo nosotros, los que habitamos en monótonas ciudades mediterráneas, ansiosos de aire claro y de espacio ilimitado, los que percibimos el soplo mágico? Y el hombre cuando invadió los cerros, ¿fue porque faltaba espacio en el plano o porque deseaba adueñarse de la visión del mar y de su horizonte de sueño? ¿Lo obligaron las circunstancias o fue el poeta el que emprendió la marcha en busca de aventuras y sensaciones?

— Otras veces nos íbamos a visitar a unos tíos que vivían en el cerro Yungay, en la calle Santa Rita. Esta calle subía abruptamente contra la pendiente y no se conocía vehículo que la pudiera trepar. La casa también tenía una galería y la familia allí instalada era dueña de un paisaje soberbio.

Y si bien mi tío era pobre, no por eso dejaba de ser como un monarca que tuviera a sus pies un reino y dominara en extensión casi ilimitada el dilatado océano. Con mis numerosas primas nos adentrábamos por los cerros, donde la ciudad ya terminaba, con deliciosas inquietudes de aventura y, luego, cansados y sudorosos, reposábamos en unas quebradas de tierra roja y húmedas de sombras, de aguas cristalinas y plantas aromáticas, envueltos en fragancias de boldos, litres y de pequeñas yerbas que crecían entre piedra y musgo. En el horizonte aparecía la mancha difusa de un humo negro... Un barco, un barco...! El viento encajonado en la quebrada se llevaba nuestras voces...

— Atmósfera transparente y limpia envuelve el ámbito. Se ha encendido la tierra en color y brillo. El cielo y el mar, dos azules tersos y nítidos que se juntan en la línea horizontal y lejana. Un abstracto diseño geométrico va bordando los cerros con colores —verdes, anaranjados, bermellones, carmesíes— y con el contrastante embrujo de luz y sombra, definición exacta de los planos y volúmenes, lo que da vida al espacio que contiene, —continente y contenido— y que se forma en este juego recíproco y cambiante, inacabable, infinito en sus combinaciones. Hay un trazado regulador inconsciente e intuitivo que sirve de trama a este bordado de maderas, pretilos de piedra, muros ciegos, calaminas y techos rojos y grises. Pero, cuando se contempla este enorme mural desplegado en anfiteatro, surge lo de siempre, la misma interrogante que mortifica porque no podrá ser aprehendida. Y es la vida que detrás de ese tejido se desenvuelve día a día, hora a hora, minuto a minuto. Es el rico y trascendental acontecer de hombres y mujeres que asoman sus millares de ojos por esas galerías de sombras y destellos y los enfocan, por la atmósfera delgada y vibrante, hacia lo que aún no sabemos definir y menos explicar y que es, simplemente, la vida.

— También vivimos en el plan, cerca de la Plaza Victoria. Mis noches se llenaban de extrañas resonancias. Era el silencio urbano, interrumpido, de vez en cuando, por ruidos muy peculiares. ¡Qué extraños fantasmas de silencio se pasean por

las noches de la infancia! En el aplastante mutismo solitario, de pronto, eran los pasos secos y pausados del policía y el llamado de su silbato, mientras más allá, como un eco cansado le contestaba otro en la oscuridad de las calles húmedas.

O también el paso de un tranvía extraviado, remeciendo destempladamente su desarmada ferretería, vitrina iluminada avanzando por la niebla. Calles solitarias, muertas, de tenues luces amarillas y gastadas. Pero, a veces y por sorpresa, hería el aire quieto la sirena de incendio. Una aquí cerca y la otra, lejana y otra aun, más allá. Pensaba en las llamas enormes, en el derrumbe estrepitoso de las carpinterías desintegrándose, convirtiéndose en carbón y en esos hombres de casacas negras y brillantes que hundían chorros potentes de agua en el humo anaranjado y botaban desde los pisos altos colchones y sábanas aún tibias de cuerpos humanos, gente despeinada y temerosa, tiritando de frío y de angustias. Y pequeños fantasmas —fuegos y fulgores— llamas en forma de escarabajos subían por los muros del dormitorio y se dejaban caer, aullando, sobre mi propia noche.

— Aquí se formó Valparaíso. Una plaza y una iglesia medio encajada en la acesante pendiente. La Matriz y la plaza Echaurren formaron el núcleo de la agrupación humana cuya función básica eran las faenas portuarias. Y comenzaron a llegar los veleros de todas partes del mundo por la ruta de Hernando de Magallanes. Griegos y yugoeslavos, ingleses e italianos, chinos y franceses, después de meses de navegación solitaria por los mares más inhóspitos del globo, desembarcaban en Valparaíso y dejaban los productos exóticos y recogían el agua, la fruta y el vino de estas tierras para seguir incansablemente buscando el horizonte de otros océanos. La pequeña aldea comenzó a crecer y se fue desplazando hacia la parte más amplia del plan y así nació el Almendral. A mediados del siglo pasado, el puerto alcanza el grado de principal plaza comercial del Pacífico Sur. Se inicia la corriente inmigratoria y son los ingleses los que llegan en mayor cantidad, ocupan organizadamente un cerro, el que, por su abundancia de jardines y flores, será llamado más tarde, ingenuamente, Cerro Alegre. Y con el tiempo, llegaron más seres humanos y los que estaban se multiplicaron. Valparaíso era un puerto famoso en todo el mundo. Se saturó el Almendral y los hombres emprendieron la ascensión por los cerros y las quebradas, construyendo en los terraplenes naturales o desafiando las leyes de la estabilidad con volados increíbles y esbeltas estructuras de madera, ignorantes de matemáticas y cálculos.

— Muchas veces he vuelto a Valparaíso. Y es como un reencontro humano, cargado de ciertas timideces, miradas ansiosas y el deseo de la posesión total. Y voy, antes que nada, al muelle Prat, estrecho, quizás pequeño y, sin embargo, puerta proyectada hacia los mares, inicio del camino oceánico hacia la gran aventura. Después Playancha, la casa todavía mira al mar. Los eucaliptos del Parque, frangantes y orgullosos, el aire diáfano, las Torpederas, playa de recuerdos, tan pequeña ahora, la Avenida Gran Bretaña y sus chalets del 900, con torreones y veletas, el Paseo 21 de Mayo, la bahía abajo, los barcos misteriosos... Lo contemplo todo y una extraña y nueva noción del tiempo se apodera de mi conciencia. Han pasado los años y es como si no hubieran pasado.

Los cerros son los mismos y no podrán ser nunca los mismos.

Una fragancia cálida, de renovadas sensualidades, impregna el aire. Son los mismos árboles... y es primavera...